

RECUERDO TODOS MIS PECADOS

JOE HALDEMAN



Otto McGavin es un agente secreto galáctico al servicio de la Confederación, una especie de ONU interplanetaria que reúne a todos los mundos civilizados del espacio. Para desempeñar su trabajo debe suplantar a otras personas con el fin de descubrir qué es lo que se está cocinando en cada «teatro de operaciones», sometiéndose no sólo a una cirugía estética brutal que le modela de arriba abajo sino que, además, debe contener en su cabeza dos personalidades: la suya, que se activará cada vez que algo amenace su vida, y la del suplantado, que gobernará sus actos mientras no haya problemas y que le permitirá pasar desapercibido al realizar su investigación.

A través de tres misiones situadas en diferentes periodos de su vida como agente, asistimos a los tensiones a la que está sometido y cómo va perdiendo su estabilidad emocional. Esto se hace apreciable en los breves pasajes que unen cada una de esas acciones, donde a través de diálogos con uno de los psicólogos que le controlan, Haldeman nos permite conocer qué está pasando dentro de la mente de McGavin, la dureza de estar continuamente cambiando los esquemas mentales que gobiernan sus actos y el cuestionamiento que se realiza de su labor, pasando del idealismo con el que comenzó al cruel desencanto cuando toma conciencia de las manipulaciones constantes que padece.

Este libro consta de tres relatos previamente publicados (*Preparar el crimen*, *La guerra que nunca tuvimos* y *Recuerdo todos mis pecados*) enlazados entre sí mediante capítulos que dan continuidad a los relatos.

A Gordy Dickson:
escultor, tejedor,
chapucero jovial.

Entrevista: Edad, 22

—Cierre los ojos.

—De acuerdo.

—¿Siente algo?

—No.

—Bien. Abra los ojos. Diga su nombre, edad, número de asistencia social.

—Otto McGavin. Veintidós años. 8462-00954-3133.

—¿Por qué desea un empleo en la Confederación?

—Quiero viajar y hacer cosas. Nunca he salido de la Tierra. Me parece que esta es la forma más interesante de hacerlo. Creo en la Confederación y quiero ayudar a proteger los derechos humanos y no humanos.

—¿Significan algo para usted las iniciales TBII?

—No.

—¿Sería capaz de mentir, estafar, robar y asesinar para proteger los derechos humanos y no humanos?

—Yo... soy anglobudista.

—¿Asesinaría si algo importante dependiera de ello?

—No lo sé. No lo he pensado.

—Relájese.

McGavin se encuentra consigo mismo, caminando por un callejón de una ciudad extraña. Hay un bulto pequeño y duro a la derecha de su región lumbar. Lo inspecciona: es una pistola láser. Mientras la sostiene en su mano, una figura salta desde las sombras. «Eh, suelte la pasta», dice. Y McGavin dispara instintivamente. Lo mata.

—¿Haría usted eso?

—No lo sé. Creo que sí. Y sentiría remordimiento, y desearía que su alma...

—*Relájese.*

... el mismo callejón, en penumbras. Delante de él, dos hombres de pie bajo una luz mortecina. Uno de ellos sostiene un cuchillo. «Estése quieto y no le haré daño». Otto dispara al asaltante por la espalda. Lo mata.

—*¿Haría usted eso?*

—No lo creo. Esperaría para ver si realmente intentaba herir al hombre..., y luego le daría la oportunidad de rendirse.

—*Relájese.*

... el mismo callejón. Otto espía por una ventana, láser en mano. Dentro, un hombre sentado bebe té y lee. La misión de Otto es asesinarle. Apunta con cuidado y le dispara a la cabeza.

—*¿Haría usted eso?*

—No.

—*Muy bien. Mancha de tinta. Lima de uñas. Sopa. Fandango.*

Otto sacude la cabeza y mira el reloj sobre la pared de la oficina.

—No ha sido demasiado largo... —dice.

—Pocas veces lo es —le responde el entrevistador, mientras un asistente desprende los electrodos adheridos a la cabeza, brazos y pecho de Otto.

Otto vuelve a ponerse la camisa.

—*¿Cree que he aprobado?*

—Bueno, este no es un test de los que se «aprueban» —dijo cogiendo una hoja de papel de la pila de formularios de Otto para deslizarla a través del escritorio—. Por favor, marque la casilla «Entrevista terminada». Hay varios puestos para los que usted es indudablemente apto. En qué momento le llamarán, esa es ya otra cuestión.

Se levantó para irse.

—*¿Cuándo volveré a verle?*

—Dentro de dos o tres días.

Se estrecharon la mano y Otto salió. El entrevistador se tocó una oreja para activar un comunicador, y recitó una serie de números.

—Hola, Rafael. He terminado con McGavin. Quizá puedas utilizarle —hizo una pausa para escuchar—. Bueno, su entrenamiento académico es apropiado. Política y economía en general, xenosociología en particular. Espléndida condición física. Ganador del megatlón, reflejos felinos. Veo un solo problema: es demasiado idealista. Religioso. Serio.

—Seguro que podemos utilizarle. Enviaré los papeles. Corto.

Pensó que había esperanzas para McGavin. En la segunda situación había dicho que daría al hombre una oportunidad de rendirse, no de escapar.

Prólogo

Dos años después.

Otto caminaba lentamente por la acera móvil que bordeaba el río East, gozando de la brisa otoñal y el penetrante olor a ozono que brotaba de la ruidosa corriente de tráfico que corría bajo sus pies. Trataba de contener su excitación al acercarse al edificio de la H. U. Su primera misión fuera del planeta.

Había ido a la Luna como parte de su intenso y desconcertante entrenamiento, pero la Luna era sólo un suburbio de la Tierra. Ahora sería real.

La oficina de Georges Ledoux estaba en el subsótano del edificio. Al salir del ascensor había que atravesar un anillo detector vigilado por dos tiesos hombres armados. Otto no se desvió de su camino.

En la tercera puerta había una tarjeta que decía G. Ledoux / Planeamiento. La puerta se abrió antes que Otto llamara.

—Adelante, señor McGavin.

La oficina era un lugar alegremente desordenado, pilas de papeles de una docena de mundos, un maltrecho escritorio de madera, mullidos sillones tapizados con raído pero auténtico cuero. Ledoux era un hombre delgado y calvo, vestido de cuero, y sonriente. Señaló a Otto una silla.

—Hablaemos de su misión enseguida, pero antes me gustaría aclarar unas pocas cosas sobre lo que ha estado

haciendo en los dos últimos años. Usted sabe que buena parte de su entrenamiento fue realizada bajo hipnosis...

—Fue fácil darse cuenta.

—Correcto. Ahora ha llegado el momento de llevar todo eso a la superficie —observó atentamente un pedazo de papel que tenía en la mano—. Cierre los ojos... «Atlas, pelota de playa, mantra, peste».

... precipitado negro de yodo e hidróxido de amonio... En el riñón hay lesiones superficiales producidas por un golpe..., de patadas, no puñetazos... Busque los ojos del enemigo... Oculte el puñal hasta que esté a su alcance... Estallidos breves para conservar energía... Maneje la espada con la cabeza, no con el corazón... Dedos rígidos sobre la región blanda bajo el esternón, dirigidos a la columna vertebral... Cuando él caiga, patee su cabeza... Venda cara su vida, no la deje escapar...

—¡Dios mío! —Otto abrió los ojos.

Ledoux tomó de su escritorio un puñal de hoja pesada y lo lanzó directamente al corazón de Otto. Sin pensar, Otto lo atrapó en el aire.

—No... No soy un diplomático, después de todo.

—No. Sabe lo suficiente de diplomacia como para aparentar serlo. Eso es todo.

—¿Soy operador clase dos de la TBII?

—Correcto. Y candidato a operador principal dentro de un año.

Otto sacudió la cabeza como para aclarar sus pensamientos.

—Lo sé —dijo Ledoux, suavemente—. No es el proyecto en que usted se embarcó.

Otto jugaba con el puñal.

—Más interesante, en verdad. Y más útil.

—Nosotros pensamos lo mismo. Esta primera misión no requerirá una personalidad artificial —la frase disparó una memoria con dos meses de entrenamiento—, pero será un asunto de la TBII, de todos modos. Su asistente será una

operadora principal llamada Susan Avery, en el planeta Estación.

—Arturo IV —dijo Otto, con un dejo de asombro.

—Sí. Ella usa el nombre de Olivia Parenago en el planeta. Embajadora de la Tierra.

—¿Dónde está la Parenago auténtica?

—Muerta, asesinada. ¿Sabe qué significa «negocio de protección»?

Otto negó con un movimiento de cabeza.

—Es un término ambiguo para designar un tipo especial de chantaje. Aparezco y le ofrezco no incendiar su lugar de trabajo, con usted dentro, por cierta suma de dinero pagada regularmente.

—Parece un asunto para las autoridades locales.

—Normalmente, sí. Olivia Parenago se vio envuelta porque sospechaba que eso afectaría al comercio interestelar, lo que técnicamente pone el asunto bajo nuestra competencia... Las autoridades locales son evidentemente corruptas. Con la muerte de un embajador, desde luego, no hay duda que es un asunto de la Confederación, un asunto de la TBII.

McGavin asintió lentamente.

—¿Representaré a alguien en particular?

—Sólo a usted mismo. Un agregado joven de la Embajada. Tendrá que encargarse de varias funciones: entrega de medallas y placas conmemorativas..., ese tipo de cosas. Mientras tanto, ayudará a Avery moviéndose, investigando y... empleando la violencia, si es preciso.

—¿Cree que habrá violencia?

Se encogió de hombros.

—Los únicos en el planeta que conocen la sustitución, además de usted y Avery, son los que asesinaron a la Parenago. La mataron brutalmente.

—¿Está seguro que fueron más de uno?

—Al menos tres. Dos la sostuvieron de las piernas y los brazos mientras el tercero la mataba sin ninguna prisa.

Estación era un planeta bastante evolucionado que se movía en una órbita apretada alrededor de Dormilón, el invisible compañero de Arturo (su nombre «real» era TN Boyero AA). Dormilón era el nexo taquiónico más cercano de la Tierra, por lo que todas las naves fuera de rumbo se detenían en Estación para cargar combustible y reaprovisionarse.

Otto estaba alojado en Jonestown, la ciudad más grande del planeta. Tenía una universidad y un espacio puerto, y era el lugar más tumultuoso, sucio, sórdido y ruidoso que hubiera visto nunca. Le gustaba.

Estaba caminando con Susan Avery por el cinturón industrial, un lugar donde no había posibilidad de que los escucharan. Ella era algunos años mayor que él, inteligente y vigorosa aunque no atractiva físicamente (en verdad no había forma de describir cómo era: lo mejor, una fotocopia perfecta de Olivia Parenago). Era operadora principal desde hacía cinco años.

—Tenemos un nuevo confidente —dijo ella.

—¿... más hábil que el último para mantenerse vivo?

—Eso esperamos.

El primer informante, un comerciante que había decidido dejar de pagar, había muerto en un accidente industrial en la media hora transcurrida entre su llamada telefónica a la Parenago y la llegada de esta última a la tienda del comerciante.

—Esta es archivera de los tribunales del tercer distrito —dijo ella retomando su información—; la conocí en un almuerzo y me pasó una nota. Gracias a algunos tecnicismos jurisdiccionales tiene acceso a los archivos de la policía.

—¿Dijo algo especial?

—Sólo que creía tener pruebas de una violación a la Carta. Parece que hay dinero extraplanetario que va a dar a bolsillos policiales... Salgamos del puerto. Pueden vernos.

Caminaban por una ensenada dominada por una enorme planta electrolítica productora de oxígeno para el abastecimiento de navíos espaciales, e hidrógeno para las plantas de energía locales. Llegaron hasta el final del puerto y se sentaron allí, observando la suave caricia de las purpúreas algas marinas contra los pilares. Había un ligero aroma a cloro en el aire.

—Ella no quiere enviar su prueba a Jonestown: no quiere retirarla de su oficina hasta asegurarse de que estará bien lejos cuando comiencen los problemas.

—Razonable.

—Seguro. Haré que le preparen una visita de dos semanas a las plantas de Dormilón, bajo un nombre falso. Esta tarde recogeré sus billetes a Sílice.

—¿Voy contigo?

—No. Volveré sin tardanza esta noche. Quiero que vuelvas a la oficina y hagas un algoritmo de todas las contingencias. Observa la ciudad y las tablas estatales de organización y determina cuántos administradores de la Confederación y cuánta fuerza de choque se requiere para tomar el mando de la policía... Rápido, y si es posible, sin derramar sangre. Envíales una orden con mi nombre y código para ser ejecutada en veinticuatro horas, si no hay cancelación previa. «Las explicaciones se envían luego». Después, vuelve a tu alojamiento y cierra la puerta hasta que tengas noticias de mí. ¿Está claro?

—Si no he entendido mal..., ¿comandos de choque?

—Los mejores; abstente de demoler la ciudad. ¿Estás equipado?

—Ejem, no —la pistola del sobaco le había provocado una irritación.

—Otto —puso una mano sobre su rodilla—. Sé que eres un tipo amable, pero tú has visto lo que esos hijos de puta le hicieron... a la verdadera Olivia.

El asintió. Había visto una holografía en la Tierra que le había hecho sentirse incómodo, los primeros días, junto a

Avery. La visión de su cara le hacía acordarse del cuerpo mutilado.

—Vístete entonces con equipo doble. Quiero mantenerte en una pieza —se levantó—. No quiero envolver a más gente de la embajada en esto. ¿Necesitarás alguna ayuda técnica para acabar con este asunto?

—No, es el mismo tipo de maquinaria que usábamos en el entrenamiento —comenzaron a caminar alejándose del puerto—. ¿Nos separamos?

—No si no estás equipado —deslizó suavemente una mano bajo su bíceps y se acercó a él, disminuyendo la marcha—. Actúa como si fuéramos amantes dando un paseo —dijo ella con un susurro de conspiración.

Fue un acto sorprendentemente fácil.

—¿No te alejaré de tu camino?

—El trasbordador a Sílice no saldrá hasta dentro de seis horas. Tengo mucho tiempo aún.

Otto se preguntó para qué necesitaría ella tiempo, y más tarde encontró la respuesta. Avery abordó el trasbordador sólo dos minutos antes del despegue.

La computación, codificación y transmisión del mensaje ocupó a Otto hasta la medianoche. Siguiendo los consejos de Avery dejó la embajada por una entrada secreta, efectuó un rodeo hasta su casa, a pie, y penetró en su apartamento por el techo y la puerta de servicio. Lo único que le preocupaba era ser confundido con un ladrón.

Durmió completamente vestido y armado, sintiéndose ridículo. Fue despertado en forma desconsiderada; el teléfono estaba sonando...

No era Avery: llamaban de la embajada preguntando por el paradero de ella. Otto dijo que no lo sabía. El hombre se quejó de las múltiples entrevistas que ella debía realizar en el día. ¿Podía venir Otto y sustituir a Avery hasta que ésta apareciese? Por supuesto.

Fue directamente a la oficina y nadie trató de asesinarle. Se sentó tras el escritorio de Avery ocho horas, siendo amable con la sucesión de quejumbrosos que trataban de encontrar una posición cómoda con la pesada Westinghouse reglamentaria colgando en su costado izquierdo y una pequeña Walther nemónica en su funda de resorte ubicada en la región lumbar. Llamó por teléfono al departamento de Avery entre cada entrevista, y al no tener respuesta comenzó a preocuparse.

Cuando acabó la jornada se dirigió apresuradamente a la casa de Avery. Golpeó la puerta, tocó el timbre y finalmente trató de hacer saltar la cerradura. Los agentes de la TBII conocían muchas formas de violar cerraduras, pero eso a veces era contraproducente: Avery conocía seguramente más trucos que Otto. Pensó usar la Westinghouse, pero en lugar de hacerlo buscó al encargado y le obligó a abrir la puerta.

No había nadie en la sala de estar, pero faltaba una ventana; los bordes habían sido limpiamente fundidos alrededor del marco. El encargado comenzó a exigir que quería saber quién iba a pagar los daños.

Siguió a Otto de habitación en habitación, quejándose. Cuando Otto abrió la puerta del cuarto de baño olió algo extraño, cerró los ojos y pronunció una plegaria budista de tres palabras. Entró y encontró a Susan Avery tirada desnuda en la bañera, boca abajo, inmersa en dos centímetros de sangre coagulada.

Re-examen: Edad, 32

—*Revisión biográfica. Por favor, adelante:*

—Soy Otto McGavin, nacido el 24 de abril del 198 DC, en la Tierra, con ciudadanía legal sanguínea en...

—*Salte a los veintidós años. Por favor, adelante:*

—Creía que había sido instruido por la Confederación en xenosociología o en diplomacia, pero resultó que había estado dos años en la TBII, siempre en terapia profunda, de forma que no pudiera recordar. Había armas y trucos sucios, se extrañaba que los otros estudiantes siempre tuvieran más cosas que yo de qué conversar sobre la enseñanza, pero mi consejero decía que eso era normal, yo respondía «muy bien» bajo hipnosis y eso podía facilitar y acercar mi graduación, pero al cumplir los veintidós, recuerdo, sentí que había trabajado más duro que nadie, pero...

—*Lo había hecho, Otto. Salte a los veinticinco años. Por favor, adelante:*

—Fui operador de clase dos hasta mediados del 223, en que alcancé el grado de operador principal y tuve mi primera personalidad artificial, representando a Mercurio de Follette, director de una unión de crédito en Mundo Lagardo-f, sospechoso de estar implicado en la violación del artículo tres.

—*¿Era culpable? Por favor, adelante:*

—Por supuesto que lo era, pero nosotros queríamos incriminar a otros, eliminando a todos sus posibles sucesores.

—*Salte a los veintiséis. Por favor, adelante:*

—Fue el año que maté mi primer hombre durante mi tercera misión como principal. En cierto sentido fue en de-

fensa propia, sólo en cierto sentido. El me tenía a su merced aunque no lo supiera. Luego yo tenía que matarle o él podría hacer lo mismo conmigo, de manera que en cierto sentido fue en defensa propia...

—*Sicigia*.

—En cierto modo fue...

—*Oso hormiguero. Culto satánico.*

—en defensa propia...

—*Gerundio. Duerma ahora.*